



ESPECIAL
ella
EN CUARENTENA
GUATEMALA

VIVAS DESDE LA TERNURA RADICAL



RED DE COMUNICADORAS INDÍGENAS



Ella en cuarentena, edición Guatemala

El 13 de marzo, en Guatemala se reportó oficialmente el primer caso confirmado de COVID-19, llevándonos a un cambio radical de nuestra cotidianeidad. Lo que era urgente y prioritario dejó de serlo de la noche a la mañana, conduciéndonos hacia una vorágine de adaptación, condición primaria para la supervivencia de la especie. Un dilema que no habíamos vivido como sociedad mundial en al menos 100 años.

¿Qué ha significado esta pandemia para las mujeres en Guatemala? ¿Cómo se han visto afectados sus historias, sus cuerpos y sus sentires por la cuarentena? ¿Qué significa para nosotras reinventarnos desde el espacio del hogar, lugar primario de la domesticación? ¿Qué transformaciones nos habitan?

Abrirnos a estas preguntas nos mostró que la condición “mujer” no es única, ni mucho menos una identidad homogénea. Somos diversas y diversas son nuestras historias.

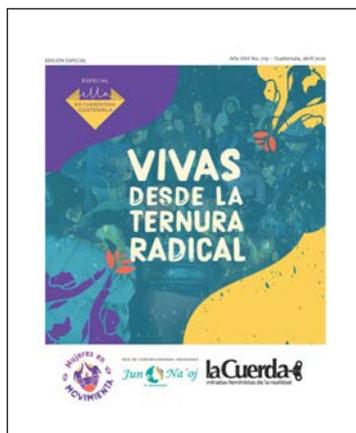
Los estados decretaron e impusieron el encierro como una forma de dominación y desmovilización de los pueblos en general, pero para nosotras las mujeres este confinamiento no ha significado estar seguras.

Este especial “Ella en Cuarentena-edición Guatemala”, presenta las historias de mujeres de diferentes lugares, orígenes e identidades, para nombrar los dilemas civilizatorios en clave feminista. En las estrategias del cuidado colectivo encontramos algunas respuestas que nos pueden aportar a la supervivencia de una sociedad que se enfrenta al despojo sistemático e histórico de un Estado oligarca.

Estos dilemas pasan por nuestros cuerpos, donde el cuidado implica recrear dinámicas de convivencia que recuperen la importancia de la colectividad, vista y nombrada desde la amorosidad, el placer y la conciencia de una ancestralidad. De reconocernos como parte de la Red de la Vida y que, en la medida que cultivemos nuestra relación con la naturaleza y sus ciclos, más respuestas encontraremos sobre la sociedad que queremos habitar y construir.

Esta edición surge desde la complicidad de la red de jóvenes feministas “Mujeres en Movimiento”, el periódico feminista laCuerda y la Red de Comunicadoras Comunitarias “Jun Na’oj”, con la inquietud de escucharnos y nombrarnos. Creemos firmemente en celebrar la diversidad y, desde ese deseo, tendemos los puentes que nos acerquen a la complicidad y creación colectiva entre mujeres.

en Portada



AGRADECEMOS LA COLABORACIÓN EN ESTE NÚMERO:

Andrea Ixchú Hernández, Sandra Xinico, Nancy Sinto, Julia Silvestre, Stacy Velásquez, María José Aldana Asturias, Guatemala Menstruante, Fabiola Morales Ortiz, Joseline Alejandra Toscano, Mactzil Ixtz'unun Camey Rodríguez, Lidia Rabanales, Marian Cristina Salguero Gutiérrez, Obdulia Mariela Tax Ajtún, Andrea Isabel Aguilar Ferro, Sucely Puluc.

PRODUCE Y DISTRIBUYE:

Asociación La Cuerda.
3a. Calle 5-35 Zona 2.
Ciudad de Guatemala 01002.
Telefax: (502) 2232-8873.
Correo: lacuerdaguatemala@gmail.com
internet: www.lacuerdaguatemala.org
www.lacuerda.gt
f LaCuerda Guatemala

SUSCRIPCIÓN: 11 números al año. Q.300.00
El tiraje de esta edición es de 20,000 ejemplares.

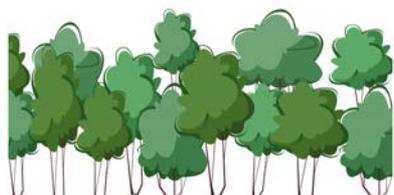
Los artículos son responsabilidad de quienes los firman. Está permitida, tolerada y estimulada la reproducción de los contenidos siempre y cuando nos citen!

La publicación y distribución de laCuerda son posibles gracias al apoyo de:

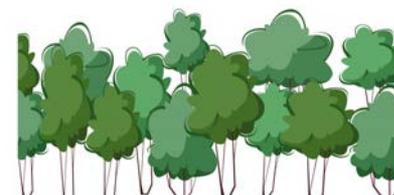
DISTRIBUCIÓN Y SUSCRIPCIONES:

Asociación La Cuerda, Angélica Zapeta, Bety Guerra y Francisco Mendoza

Chuwi meq'en ja' Crisis climática y pandemia en Totonicapán



Andrea Ixchú Hernández / Mujer K'iche de Totonicapán. Trabaja desarrollando estrategias de comunicación, narrativas y tecnologías para la defensa de la vida y territorio



Mientras aumenta la cantidad de personas contagiadas en Guatemala durante la COVID-19 y la violencia acecha a tantas comunidades, varios incendios forestales han arrasado los bosques del país. Durante la última semana de marzo de 2020 el fuego consumió más de 30 hectáreas de bosque en mi pueblo natal. Un pueblo que aún conserva su propio sistema de gobierno indígena, los 48 Cantones de Totonicapán, que ante la emergencia sanitaria y forestal, han actuado con velocidad y sabiduría para resguardar la salud colectiva.

Totonicapán es uno de los municipios más pequeños del país, con apenas 328 kilómetros cuadrados, donde vivimos más de 103 mil personas, según el más reciente censo nacional. A pesar de su tamaño, hace enormes aportes ambientales a Guatemala, dando agua y oxígeno a todo el país.

Chuwi meq'en ja' -lugar sobre el agua caliente- es el nombre que le dieron nuestras abuelas y abuelos a este territorio, antes de la llegada de los colonizadores. En él habita el pueblo K'iche', cuyas historias son tan viejas como el bosque que resguarda, el cual llamamos abuelo, también son un cuerpo vivo. Por eso cuando decimos que somos K'iche', somos el bosque nombrándose a sí mismo. En las poco más de 497 caballerías que ocupa esta frondosidad de Totonicapán vivimos una dinámica comunal. El bosque es una propiedad colectiva, tiene una territorialidad en donde las dinámicas de administración y propiedad de la tierra son diversas.

Este bosque es único y en él habitan especies muy especiales, como el Tz'inchaj o Pinabete una especie de pino que se encuentra en peligro de extinción. Hay contabilizadas más de 65 especies de hongos y cientos de especies de plantas que poseen propiedades medicinales. Es el hogar de familias de venados, coyotes, gatos de monte, ardillas y diversas aves canoras.

La posición geo-estratégica ambiental del bosque comunal de los 48 cantones de Totonicapán lo ubica en el pico más alto de la Sierra Madre, desde donde se originan las tres grandes vertientes de agua que tiene Guatemala que desembocan en el Golfo de México, el mar Caribe y al Océano Pacífico. Estas tres grandes vertientes se componen de varias cuencas hidrográficas: La del río Motagua, que drena a la vertiente del Caribe. Los ríos Chixoy, Cuilco y Selegua, que drenan la vertiente del Golfo de México. Y los ríos Samalá y Nahualate, que drenan la vertiente del Pacífico, que se incluye dentro del sistema de cuencas del lago de Atitlán -el segundo en tamaño del país- y que nos conecta con los pueblos de Sololá y Retalhuleu. Esta vertiente es explotada en el riego de las grandes extensiones privadas de plantación de caña de azúcar de la costa sur y para el funcionamiento de grandes hidroeléctricas, como el proyecto Chixoy.

Muchos ambientalistas e hidrólogos ven como "oportunidades de negocio" esta posición del bosque, pero ignoran que dentro de la cosmovisión del pueblo K'iche' se lucha también por conservar las relaciones armónicas con la naturaleza, como producto de los principios axiológicos de orden y equilibrio entre el Cosmos, la Naturaleza y el Ser Humano.

Sembramos nubes para luego cosechar lluvia

Los más ancianos del pueblo mencionan que en nuestro Bosque Comunal existen elementos sagrados para la vida del planeta: Loq'olaj ulew -sagrada tierra-; Loq'olaj qieq'iq' -sagrado viento- y ri loq'olaj ja' -sagrada agua-, y que el cuidado de estos elementos debe orientar las acciones para la administración del territorio. El acoso permanente de intereses extractivos hace más difícil la vida de las comunidades. Invertimos mucho más tiempo y trabajo en la defensa del territorio que en la protección del mismo.

Esto quedó en evidencia durante los más recientes incendios forestales. El bosque comunal está permanentemente amenazado por el avance de los proyectos extractivistas que talan, queman y destruyen, por el crecimiento de la frontera agrícola e intereses perversos que quieren privatizar terrenos

comunales para construir campos de golf o colonias habitacionales. Además, las autoridades comunitarias, los comités de agua y las parcialidades, carecen de equipos esenciales para la protección del bosque y el combate de los incendios. Con azadones, palas y nuestras manos, autoridades, guardabosques y vecinos apagamos los incendios. En Chuwi meq'en ja' el gasto público se prioriza para la construcción de obra gris, no para la protección del bosque y menos aún, para el cuidado de la salud de la población.

Durante esta pandemia que afecta los sistemas respiratorios humanos, toda la población de Totonicapán respiró el humo de los incendios forestales y esto debilitó nuestros pulmones y nos hizo aún más vulnerables a contraer el SARS-CoV-2 (COVID-19), en un pueblo donde hay alrededor de 200 camillas en el único hospital público del municipio, que debe atender una población que supera los 100 mil habitantes. El acceso a la salud es un derecho negado a los pueblos indígenas.

Científicos confirman lo que pueblos indígenas han dicho por siglos: existe un vínculo entre los nuevos virus -como el coronavirus- y la deforestación. La ausencia de bosques y selvas aumenta la contaminación del aire y esto se traduce en la presencia de más virus, bacterias, gases tóxicos y partículas sólidas y líquidas en suspensión en la atmósfera, nocivos para la salud. En la cosmovisión K'iche' se nombran por igual vida y salud con la palabra "Kaslem", mi bisabuela la interpretaba en castellano diciendo: una vida sin salud no es vida.

Los bosques son órganos vitales para la biosfera, sirven tanto de pulmones como de corazones de la Madre Tierra. Pues, además de producir oxígeno y capturar grandes cantidades de dióxido de carbono, bombean muchísima agua dulce del planeta. En ellos sembramos las nubes para luego cosechar lluvia. Vemos cómo las aguas nacen y hacen su camino, culebreando entre las montañas. Desde nuestros bosques fluye la sangre del planeta, nace la vida.

El Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático de la ONU advirtió en 2018 que el planeta se calentará 1.5 grados centígrados más en 2030. Esto incrementa el riesgo de sequías extremas. En 2017, la FAO indicó que el 80 por ciento de la biodiversidad del planeta se encuentra en territorios indígenas, en montañas, bosques, ríos, lagos y pastizales donde habitamos. Esto significa que en las comunidades indígenas las alternativas para el colapso climático del planeta ya existen.

"Si las guerras del siglo XX se libraron por el petróleo, las guerras de los próximos siglos se librarán por el agua" anunció Ismail Serageldin, vicepresidente del Banco Mundial en 1995. Sin embargo, esta guerra ha estado en nuestros territorios durante mucho tiempo, más de 500 años para ser precisos. Por generaciones, hemos luchado contra un modelo civilizatorio que pone el crecimiento económico y el dinero por encima de la vida, que nos está llevando al colapso climático y a la destrucción del planeta.

Es momento de cuestionar nuestros estilos de vida. Necesitamos hacer de nuestra forma de vivir algo sostenible. Muchas comunidades han logrado habitar bosques y selvas durante miles de años en convivencia armónica, ellas nos muestran que es posible existir sin destruir. Necesitamos organizarnos para cuidar de nuestro abuelo bosque en Chuwi meq'en ja'. Es además necesario fortalecer sistemas comunitarios que generen salud para los cuerpos humanos, que no sigan el modelo contaminante y depredador de la gran industria farmacéutica, responsable también de muchas de las emisiones contaminantes de gases tóxicos y envenenamiento de ríos y lagos.

Sabemos que desde la época colonial el despojo de nuestra identidad, territorio, formas de vida y organización, amenaza el equilibrio vital que tenemos con la Madre Tierra. La defensa de los derechos de nuestros pueblos y por lo tanto, la defensa de nuestros territorios, sobre todo de los bosques, es una necesidad urgente, no solo para la preservación de nuestra diversidad cultural, sino también para la supervivencia humana de la vida en el planeta.

Aún no amanece

Sandra Xinico / Kaqchikel de Pasu'm, investigadora independiente, activista y defensora de derechos humanos

En territorios que fueron (y/o continúan) invadidos y colonizados, el racismo es hasta hoy uno de los principales problemas que les atraviesa; son cinco siglos de violencias, genocidios, despojos y empobrecimiento. La identidad nacional de los países coloniales se forjó de la violencia sexual en contra de miles de mujeres nativas, el epistemicidio continuado y la imposición del cristianismo, todo esto para afianzar el control y la dominación de los colonizadores como mecanismos fundamentales para mantener el privilegio y el poder, a través del sometimiento de los pueblos originarios y afrodescendientes.

Es obvio que ha podido más la fuerza de los pueblos al persistir ante estas atrocidades y seguir existiendo; sin embargo, la resistencia ha implicado estar al límite, generación tras generación. Las leyes son el mejor ejemplo de esto, porque las que privilegian y protegen a unos pocos, son las mismas que condenan y excluyen a las mayorías.

Las manifestaciones racistas pudieron haberse transformado (de cierta manera), cambiadas las expresiones cotidianas con que se materializa la ideología racista, pero ésta como sistema continúa conservando su misma lógica, sobre la cual se construyó la idea o el concepto de país: la superioridad de un grupo social sobre otro(s), justificada a través de la idea (construida) de la raza, que por supuesto fue erguida en favor de los invasores colonizadores, que definieron lo nativo y lo negro como inferior, incivilizado, animalesco.

El racismo, al ser estructural, implica que históricamente se fue implementando un andamiaje de desigualdades que sostienen las relaciones de poder en favor de unos y en detrimento de otros; esto quiere decir que para su funcionamiento es necesario un entramado de instituciones (familia, escuela, iglesia, Estado), políticas (como la castellanización, el saqueo y el folklore) y relaciones sociales, que garanticen no sólo la reproducción del racismo, sino su interseccionalidad con otros problemas heredados también de la invasión colonial. Esto provoca un incremento constante de opresiones y vulnerabilidad, como ocurre con las mujeres indígenas, quienes cotidianamente nos enfrentamos a sistemas de muerte como el racismo y el patriarcado.

La abolición de estos sistemas de opresión no tiene que ver con un cambio de actitud individual como suelen hacernos ver, tampoco se trata de sobrellevar la opresión con “buena” cara. El origen del racismo no es la baja autoestima de una persona, ya que es la sociedad la que nos asigna el lugar que ocuparemos precisamente por nuestro origen cultural y biológico determinado en su valor desde quienes tienen el poder, cuya clasificación responde a una jerarquía construida para legitimar el hecho de que unos nacen para servir y otros para mandar.

Al capitalismo le viene muy bien el racismo, el patriarcado y el colonialismo porque le permite operar con toda impunidad. El costo del nivel de vida de los países colonizadores lo estamos

pagando los pueblos, estamos sosteniendo con nuestro trabajo la riqueza de quienes nos oprimen, un ciclo impuesto con mucha violencia y terror. El capitalismo despoja al mismo tiempo que destruye el entorno, se constituyen como dueños de todas las formas de vida que existen. Resistirse a adoptar esta visión de la existencia nos convierte en enemigas, enemigos del modelo de desarrollo que imponen los poderosos. Cientos de frentes de lucha están abiertos en todo el planeta, ya no basta con resistir, buscamos vivir en paz, con plena dignidad.

¿Por qué es importante dimensionar los efectos del racismo?
¿Las confusiones que tenemos sobre el racismo son intencionadas? Se reflexiona muy poco sobre el racismo. Esto es completamente provocado, así como ocurre con el desconocimiento de la historia. Hablar sobre racismo se percibe socialmente como una “discusión incómoda”, en la que desde el principio se supone que no se llegará a ningún “acuerdo”. Esto se debe a que nacemos en un ambiente condicionado, que en todo momento nos bombardea con ideas que buscan confundirnos, para no darnos cuenta de que la dominación tiene efectos profundos y devastadores en la existencia de los seres vivos y es un problema complejo, multidimensional.

El racismo es depredador, se alimenta de diferentes formas y es parte de un conjunto de engranajes que sostienen el ciclo de injusticias y violencia, que se naturalizan porque funcionan como un círculo vicioso; comprender el lugar que ocupamos en estos sistemas de dominación no es sencillo, porque nos adoctrinan para obedecer y no dudar. No es que el racismo cobre más valor al hablar de éste, o que con ello le estemos dando más poder o importancia, se trata de que la vida de miles de personas sigue estando en riesgo y el exterminio sigue latente y todo esto no es normal, ninguna sociedad debe acostumbrarse al dolor, a la humillación y degradación que implican las desigualdades.

Cuanto más hablamos de estos problemas, más amplia es nuestra visión de cómo contrarrestar sus distintos frentes. Estamos en medio de diferentes pandemias que están cobrando miles de vidas en el mundo. El recrudecimiento de la crisis provocada por el racismo, el capitalismo, el patriarcado, el colonialismo evidencia que el empobrecimiento es voraz, porque nos hace dependientes del consumismo y el dinero que los ricos nos pagan por explotar nuestra fuerza de trabajo. La esclavitud, el hambre, la pérdida de conocimiento, la asimilación, son efectos de un modelo político, económico y social extractivista, que no puede ser transformado sino necesariamente destruido, porque sólo así se deshacen los pilares ideológicos y materiales que le dan legitimidad en la sociedad para seguir operando con total arbitrariedad.

Se trata de liberarnos de todo esto, de seguir caminando hasta que amanezca para nuestros pueblos.

Resistencia histórica con rostro de mujer

Nanci Chiriz Sinto / Soy Maya Kaqchikel, estudiante de Ciencias Jurídicas y Sociales, hija y nieta de mujeres mayas. Mí accionar como sujeta política es defender Derechos Humanos, étnicos y políticos.

El confinamiento ha sido una oportunidad para fortalecer nuestro ejercicio de escribir desde lo que sentimos, observamos y leemos; desde lo que no podemos gritar en las calles (por ahora). No pretendo representar, ni apropiarme del sentir de otras. Es necesario denunciar y visibilizar lo ignorado, todos los días debemos disputarle a este sistema el poder, la palabra y hasta la verdad.

Con la COVID-19, las desigualdades, económicas y sociales de todos los países salieron a flote. En Guatemala, en especial, donde se niega el genocidio, donde las elites económicas gobiernan, estos problemas se han “mostrado” en abanico. El confinamiento en los territorios indígenas evidencia los cimientos, racista, colonial y patriarcal, del Estado-nación, fortaleciendo la relación de opresor y oprimido. Ha salido a flote la realidad de sometimiento y de represión en contra de mujeres y pueblos indígenas.

El presidente ha irrespetado el Estado laico y reproduce una figura colonial a su alrededor, haciendo creer a la población que la situación depende de dios y no de la funcionalidad de las instituciones públicas, esto, con ánimos de evitar ser cuestionado, evadir responsabilidades públicas; por cada “dios bendiga Guatemala” hay arbitrariedades y violación a los derechos humanos. Así es como se justifica la muerte, el hambre, las injusticias y el dolor de la población.

El sistema de salud en Guatemala no estaba preparado y abastecido para atender a la población, sobre todo a las comunidades de pueblos indígenas, lo cual ya era un problema estructural, esto ha provocado que poblaciones indígenas mueran.

Mientras tanto, las comadronas han sido un brazo fundamental en la comunidad y pese a ello, han sido discriminadas por el Estado aunque han estado en la primera línea de atención de embarazos y atendiendo distintas enfermedades. Es un hecho que el gobierno -en su plan de contención y prevención- debió reconocer el trabajo de las comadronas, garantizarles capacitaciones, insumos y apoyo económico para responder a esta emergencia; actualmente en las comunidades las mujeres tienen miedo de acercarse a los centros de salud por temor a contagiarse de COVID-19, esto ha hecho que la población recurra a la comadronas, movilizándolo sus visitas a domicilio, sin horario específico, sin transporte público y con altas probabilidades de contagio.

Cuando el presidente **Alejandro Giammattei** tomó medidas para contrarrestar la crisis, ordenando el confinamiento, el toque de queda y el Estado de sitio en tres municipios de Sololá (Nahualá, Santa Catarina Ixtahuacán y Santa Lucía Utatlán) se evidenció el uso excesivo de fuerza con lo cual se puso en peligro la vida y cuerpos de muchas mujeres indígenas. En los territorios militarizados se ha permitido realizar distintos allanamientos y detenciones ilegales; en el caso de **Ana Guarchaj Tun**, defensora de derechos humanos, a quien en dos ocasiones se le suspendió su audiencia de primera declaración, maniobra dilatoria para prolongar el proceso y su criminalización, junto con su esposo. **Tun** permanece privada de libertad por más de 11 días después de su detención.¹

También **Manuela Alejandra Ajpop**, defensora de derechos humanos, fue señalada de encubrimiento y dejada en libertad por falta de mérito, ya que no existían elementos que la vincularan. Asimismo, el 23 de marzo, a solicitud de las autoridades locales del municipio de San Pablo la Laguna, Sololá, se hicieron presentes militares para “proteger y salvaguardar la vida de la población”, su presencia atentó contra los cuerpos de compañeras tz’utujiles al acosarlas, agredirlas y violarlas sexualmente, así como en la guerra, en la actualidad son las mujeres quienes resultan afectadas por el abuso de poder del ejército.

Es evidente el afán del gobierno para apropiarse de los territorios, de los recursos naturales y controlar a la población. Estas restricciones también han generado la suspensión de algunos servicios públicos (como el transporte), y con ello se perjudicó también los derechos laborales de las mujeres indígenas campesinas. Ellas se trasladan por este medio a los mercados locales, estas actividades garantizan la soberanía alimentaria, de la comunidad y el abastecimiento de alimentos en todo el país. El trabajo de las personas campesinas no ha sido valorado, y se encuentran en situación de pobreza por un modelo económico de “libre mercado”. El 29 de mayo, en Quezaltenango, cuatro mujeres mayas que comercializan verduras y cuando se retiraban de su puesto, fueron detenidas y tratadas como delincuentes por no acatar el horario de cierre del mercado, hasta hoy no se sabe si quedaron en libertad, cuánto pagaron de fianza y por qué no se les consideró, pareciera que el error es salir a trabajar.

Sujetas en resistencia

Las mujeres indígenas no sólo morirán por el virus sino también por los conflictos y la violencia vinculados a la escasez de recursos, en particular de agua potable. El Estado no solo ha permitido la contaminación de ríos y lagos, también ha negado el derecho universal al agua, que en estos momentos es necesaria para lavarse las manos constantemente y prevenir el virus. Las mujeres indígenas han sufrido de forma distinta la pandemia: la violencia y violaciones sexuales han incrementado, debido a que deben convivir con sus agresores en el hogar o en sus propias comunidades por el confinamiento. También están más presionadas con el incremento de las labores de trabajo en casa, de cuidado de personas vulnerables y las demandas para garantizar los alimentos diarios de la familia.

El acceso a la justicia para las mujeres indígenas no deja de ser un aparato racista, discriminador, burocrático y monolingüe, mecanismos suficientes para que las víctimas no denuncien, ¿Cómo están respondiendo las instituciones indígenas? La Defensoría de la Mujer Indígena (DEMI) y otras organizaciones como ALMG, CODISRA y FODIGUA debieran ser entes de acompañamiento, respaldo y fiscalización para que las mujeres o pueblos indígenas, durante esta pandemia, sean incluidos y no se vulnere sus derechos; es un secreto a voces que éstas han sido cooptadas y utilizadas, dejándolas sin autonomía para ejecutar, o bien garantizar la erradicación de violencia, discriminación racial y las campañas para prevenir, contener e informar a la población indígena. Estas acciones no han tenido un enfoque con pertinencia cultural. ¿Hasta dónde llega la indiferencia y mediocridad de estas instituciones? El informe de la PDH declaró “que la institucionalidad indígena está influyendo poco en los 10 programas impulsados por el gobierno durante la pandemia. Además, dijo que solo el 7 por ciento de la institucionalidad indígena no ha interrumpido sus labores completamente durante la pandemia por COVID-19”. Es decir, que una DEMI que alguna vez brindó asesoría y acompañamiento jurídico, ahora solo comparte números telefónicos en redes sociales, mientras que la Academia de Lenguas Mayas solo ha ejecutado hasta la fecha el 27.56 por ciento del presupuesto asignado para este año, y la traducción de disposiciones presidenciales ha sido apenas en 15 de los 22 idiomas mayas.²

Todo lo anterior es resultado de un racismo, colonialismo y patriarcado histórico, que se ha reinventado y reactivado durante los días de confinamiento días, esto no significa que lo normal sea que los pueblos indígenas, y en especial nosotras las mujeres indígenas, tengamos que alinearnos a las políticas de aniquilación e invisibilización que han promovido los gobiernos; más bien, es un reconocimiento a la resistencia y lucha para la vivencia/sobrevivencia.

Todos estos hechos atraviesan cuerpos de mujeres indígenas, sujetas históricas, sociales, políticas. Es necesario reconocerlas como sujetas de resistencia. Esta crisis estructural, es mucho más grande y profunda que la COVID-19 y puede impulsar un nuevo genocidio. La pandemia posiblemente pasará, pero lo que no se nos puede pasar es la oportunidad de replantearnos un mundo nuevo, el horizonte o hilo que ya somos dentro del universo y que nuestras abuelas y abuelos han construido, basados en la solidaridad, reciprocidad, armonía, comunidad y colectividad. Nos toca fortalecer nuestra relación con la tierra y la naturaleza. Se puede aspirar a un nuevo modelo económico familiar y comunitario, no podemos seguir dependiendo de estados y gobiernos neoliberales.

Personalmente no anhelo la mal llamada normalidad, esa “normalidad” oprime, explota, despoja, violenta.

1. <https://bit.ly/32J1PYF>

2. <https://bit.ly/2GmRASp>



Aprender a amarme y cuidarme en cuarentena

Julia Silvestre / Socióloga feminista, integrante de la Colectiva Mujeres en Movimienta

Mucho antes del caos me había prometido aprender a escucharme: mi cuerpo, mis emociones, mis historias. Decidí aprender a reconocer mi luz y mi oscuridad, afinar los sentidos para seguir mi intuición. Había buscado tener un tiempo para poder ocuparme en mi cuidado, me lamentaba que en las vacaciones tenía que hacer mil y una cosas para cumplir con los compromisos sociales y apenas un par de días para mí. Busqué terapias, busqué grupos, busqué información, todo lo que me permitiese continuar ese camino de forma más profunda.

Una pandemia vino a paralizarnos, a soltar los urgentes para reconocer la fragilidad de nuestra sociedad. A tener miedo, a pensar en nuestra sobrevivencia, en revertir las prioridades y darnos cuenta de que el mundo ya no va a ser igual.

Una cuarentena me vino a regalar un tiempo que no había tenido durante años.

Me ha dado un tiempo para botar todas las paredes que han impedido verme con ojos ciertos y sin reproche, para luchar contra mandatos históricos que me ahogaban como nudos en la garganta, contra esas voces que tenían más peso sobre mi vida que mi propia voz, para reconocer el dolor con el que vivo todos los días gracias al silencio. Para reconocer las cargas que se llevan cuando no existen límites, ser demasiado condescendiente por temor a incomodar, y ahogar la voz propia por miedo a la sanción. Este encierro me hizo estar en guerra conmigo misma. Esta guerra me dejaba tanto dolor y porquería en mi cuerpo que me descubrí cansada del silencio pues hacía mucho tiempo dejó de ser un refugio y se volvió una cárcel.

Decidí dejar de pelear conmigo misma y darme chance de conocerme en esa sombra, de dialogar con ella, encontrar qué hay detrás de tanto miedo, de tanta ansiedad y encontrarme en esa niña a la que le quisieron robar la risa y la alegría pero que ahí está... siempre ha estado ahí, oculta entre montañas de inseguridades. Ver a esa niña y amarla por haber resistido a pesar de todo, me reconcilia con esta mujer que soy ahora.

Ha sido aprender a amarme cuando tengo miedo y ansiedad, ha sido renunciar a las certezas, dar el salto al vacío, honrar los límites que me prometí no debía tolerar, honrar mi cuerpo cuando me dice basta, ha sido decidir por mí y mi bienestar. Reconocer que la que soy ahora, es la mujer que necesito en mi vida.

Es una introspección que ha tomado su lugar, sin tener una habitación propia, desempleada y en el limbo. Ha sido reconocer que soy mi hogar y al igual que la abuela grillo, canto por la vida para que el sol me cobije, la lluvia me lave y la noche me resguarde. Ser nómada en tiempos de coronavirus.

Porque cuando me amo en medio de la incertidumbre, descubro mi fuego, mi fuerza y mi lucidez, y es un momento en el que soy mi propia maestra. Es un momento fugaz, de comunión conmigo misma que me regala la posibilidad de sorprenderme ante los regalos de la vida. Lo que me ha dado la cuarentena es nutrir la relación conmigo misma. Un acto altamente político y necesario en una época que nos quieren temerosas, aisladas y dóciles. "Cuidarme no es autocumplencia, es autoconservación y eso es un acto de guerra política", dice **Audre Lorde**.

Esta enfermedad que nos azota ahora, contiene la medicina que necesitamos: paralizé la economía para reinventar otras formas de economía solidaria, nos despojé de los urgentes para decirle más veces "te amo" a nuestros seres queridos; nos distancia físicamente de los demás para habitar nuestra piel; nos muestra desigualdad para compartir la comida; nos puso fuera de los horarios y las rutinas para reinventarnos.

A pesar de estar en medio de una pandemia, hecho que no habíamos vivido en estas dimensiones durante generaciones, las mujeres guardamos

una certeza, una esperanza que no se basa en utopías, se basa en el trabajo real y concreto que hacemos día a día.

Esta fuerza, inspirada desde los feminismos y su ética del cuidado, desde hace más de 30 años, nos habla de la importancia de replantear paradigmas alrededor de lo que entendemos por cuidar, despojarlo de su carga patriarcal y convertirlo en un medio para reaprender a amarnos nosotras mismas y a lxs demxs y construir esas redes de cuidado que recuperan la solidaridad, la empatía y la colectividad desde los tratos justos y amorosos.

Para ello, el cuidado parte de la premisa que "damos lo que recibimos". Esto nos lleva a ver hacia nosotras y reconocer que, si mi historia está atravesada por el dolor y la violencia ¿qué tipo de amor y solidaridad estoy dando? ¿Cómo puedo amar a lxs demxs si me enseñaron a odiar y desconfiar de mi naturaleza? Estas preguntas han resonado en mi cabeza, luego de que comprendí que amamos desde la carencia, que como lo dijo magistralmente **RuPaul** "Si no te puedes amar a ti misma, como diablos vas a poder amar a alguien más".

Aprendemos a dar desde la negación de nosotras mismas. Primero los demás, después yo. Estos mandatos, que vienen cargados de sufrimiento, se alojan en mi cuerpo cuando termino envuelta en dinámicas tóxicas donde mi vitalidad se drena de a pocos, volviéndome una persona cansada, frustrada y doliente.

Me he dado cuenta de que mantenerme en ese lugar de carencias es rentable para ese capitalismo que le interesa llenar esos vacíos con sus productos de porquería, desnutriendo mi cuerpo con sus alimentos nocivos y adormeciéndome con sus trucos de confort y estatus. Pero más que nada, es un lugar que me despoja de mi propio poder, de mi propia fuerza creativa que puede transformar el dolor, el miedo, la violencia. Una mujer, una persona satisfecha consigo misma no es rentable para el capital, por eso para mí el legado que nos han dejado mujeres como **Audre Lorde**, quien insiste en que recuperar el placer es tan político como cualquier otra reivindicación feminista, pues es recuperar el motor que hace que me mueva, que hace que provoque, que cree, que busque y co-cree otros mundos. Hace que encuentre y nombre mi diferencia, mi naturaleza.

Voy aprendiendo que cuidar de otrxs implica cuidar de mí misma. Es un acto amoroso que podemos tejer en estos tiempos. Soltar el miedo a la incertidumbre para recibir este presente y aprender las enseñanzas que nos viene a dejar, y así darle forma a ese otro mundo que todavía tenemos chance de construir.

Por eso, hoy decidí amarme, amar a mis hermanas, honrar mi familia, mi linaje, mi historia. Y desde ese lugar tejer afectos vibrantes, tiernos y placenteros. Decido vivir este presente.



Felices y rebeldes

Mujeres trans en la pandemia

Stacy Velásquez / Soy una mujer trans hecha de decisiones, salvadoreña exiliada en Guatemala después del conflicto armado interno en El Salvador. Luego de estar en contexto de prostitución y sufrir violencia sexual, he decidido ser feliz, en medio de tanta violencia normalizada hacia las mujeres trans.

Las mujeres trans merecemos ser felices y no trabajadoras sexuales o prostitutas
Las mujeres trans merecemos ser felices y no asesinadas
Las mujeres trans merecemos ser felices y no despreciadas por la misma familia
Las mujeres trans merecemos ser felices y no drogadictas y alcohólicas
Las mujeres trans merecemos ser felices y no excluidas de la educación y el trabajo
Las mujeres trans merecemos ser felices porque esta sociedad no es justa
Si la pandemia nos impide sobrevivir, entonces nos merecemos ser rebeldes.

Como directora de una organización, debo decir que es bien difícil poder digerir esta realidad oculta de buenas costumbres y de moralidad intachable, o sea satanizar no ser una mujer con vagina nos cuesta la vida a las mujeres trans. Cuando el Estado y el gobierno no nos protege, debemos buscar los mecanismos que nos ayuden a sobrevivir y ser felices, además de poder ser una mujer diferente, una mujer con pene.

Ser una mujer diferente implica no tener una ciudadanía en un mundo donde migrar es normal, la movilidad humana es un derecho, pero para las mujeres trans no lo es, somos migrantes en nuestras propias tierras de origen ya que no poseemos un documento de identidad que nos identifique tal cual somos.

Si a esto le sumamos el contexto de la COVID-19, podríamos decir que el trabajo sexual o la prostitución ha aumentado en esta situación, es bien fácil darse cuenta que muchas compañeras que antes trabajaban en peluquería ahora se dedican al trabajo sexual o prostitución para sobrevivir a la pandemia, ya que las están sacando de sus alquileres y de sus casas sus propias familias a las que no les parece productivo que dejen de llevar la misma cuota de siempre. Han ocurrido siete asesinatos, dos decesos en los hospitales por COVID-19 y una desaparecida que lleva dos meses sin que el poder judicial de respuesta

efectiva, a esto le sumamos que de las más de 15 mil mujeres trans que habitamos Guatemala, sólo le ha llegado ayuda, desde OTRANS-RN, REDTRANS-GT y REDLACTRANS, a 470 compañeras a nivel nacional pues el sistema de salud no nos está atendiendo. Existe la clínica Trans-Vivir de OTRANS-RN y es el único expendio de salud especializado en el país para atender a personas trans.

La violencia institucional es visible, palpable y tangible para las mujeres trans, por ello, debemos hacer acciones concretas encaminadas a la transformación de la lucha y a los indicadores que nos lleven a tener una ley de identidad de género que nos pueda ofrecer servicios esenciales para una población tan vulnerable.

Las niñas y adolescentes trans están siendo prostituidas por el mismo Estado y gobierno, en complicidad con los padres de familia transfóbicos. Hace algunos días se publicó en un artículo el caso de una adolescente trans que está pernoctando en la Plaza, frente al Palacio Nacional, durante el toque de queda, sin alimentación, sin donde ir a dormir. ¿Qué les espera a estas niñas y adolescentes trans en la noche? Con todos los indigentes, abuso sexual, drogas, alcohol y un sinnúmero de cosas que vivimos a consecuencia de adultizar ser TRANS.

Todo lo anterior lo vengo sufriendo, viendo y condenando desde mi activismo y desde mi propia historia de vida, y todo esto lo hago porque quiero que las niñas y adolescentes trans no sufran en un futuro muy cercano esta violencia machista, patriarcal y normalizada.

NOS MERECEMOS SER FELICES Y TAMBIÉN REBELDES.



En estos días extraños...*

María José Aldana Asturias / Feminista, antropóloga, artista y doula.
Miembra de H.I.J.O.S. Guatemala, SOMOS, Ysterias y otros colectivos

En estos días extraños, con tanto sucediendo, es normal sentir miedo, incertidumbre, ansiedad, tristeza, frustración, enojo... impotencia. No hay sentimiento equivocado o exagerado, y a veces se sienten todos o varios al mismo tiempo. Muchas de las personas que estamos vivas, nunca habíamos tenido que enfrentar una crisis de tal magnitud. No me refiero a la pandemia COVID-19 solamente, sino a las estructuras desiguales y excluyentes que se han agudizado, visibilizado y fortalecido con este acontecimiento, y que nos ahorcan de diferentes formas. Esta crisis amenaza con matar de hambre a mucha gente, eliminar el poco y de por sí mal pagado empleo que muchas tienen, mientras ciertas estructuras económicas se ven fortalecidas e inflexibles (como casi siempre). Hay poca esperanza de cambio. A todo esto, se agrega una sobrecarga de información, y al mismo tiempo, una ignorancia sobre lo que verdaderamente está pasando en otros lugares del mundo, vecindarios, casas, mentes y corazones. Por momentos, agarra una parálisis sobre qué podemos hacer para cuidarnos, para cuidar a otras y para sobrevivir a esto.

¿Podemos practicar el estar presentes aún en este remolino de emociones, noticias y miedos? En estos días extraños, ¿cómo vamos a usar este tiempo de encierro? Cada una de nosotras ha sobrevivido alguna crisis en la vida. Algunas personas vivimos con ansiedad o depresión, ya sea agudas o menores, con dolor crónico (ya sea en el cuerpo o en la mente), y aquí seguimos, vivas, respirando y resistiendo. Tenemos memoria de lo vivido, pues nos atravesó el cuerpo, y recordamos en muchas partes de nuestro ser cómo sobrevivimos, cómo pasamos de la angustia y la falta de ganas, a hacer nuestra cama y lavar los platos, ordenar nuestro espacio y llegar a querer vivir de nuevo, a bailar y a cantar otra vez.

Los aprendizajes individuales que te quedaron de las diferentes crisis que has sobrevivido (¡gracias por existir, por sobrevivir!), las herramientas que te sirvieron para aferrarte a la esperanza —chiquita, pero esperanza—, siguen con vos. En estos días extraños, es momento de sacar esa caja de herramientas y usar todo lo que hay en ella. Lo que te ha servido antes para cuidar tu cuerpo,

tu mente y tu corazón, pueden ser un apoyo valioso ahora, para el auto cuidado y el cuidado colectivo.

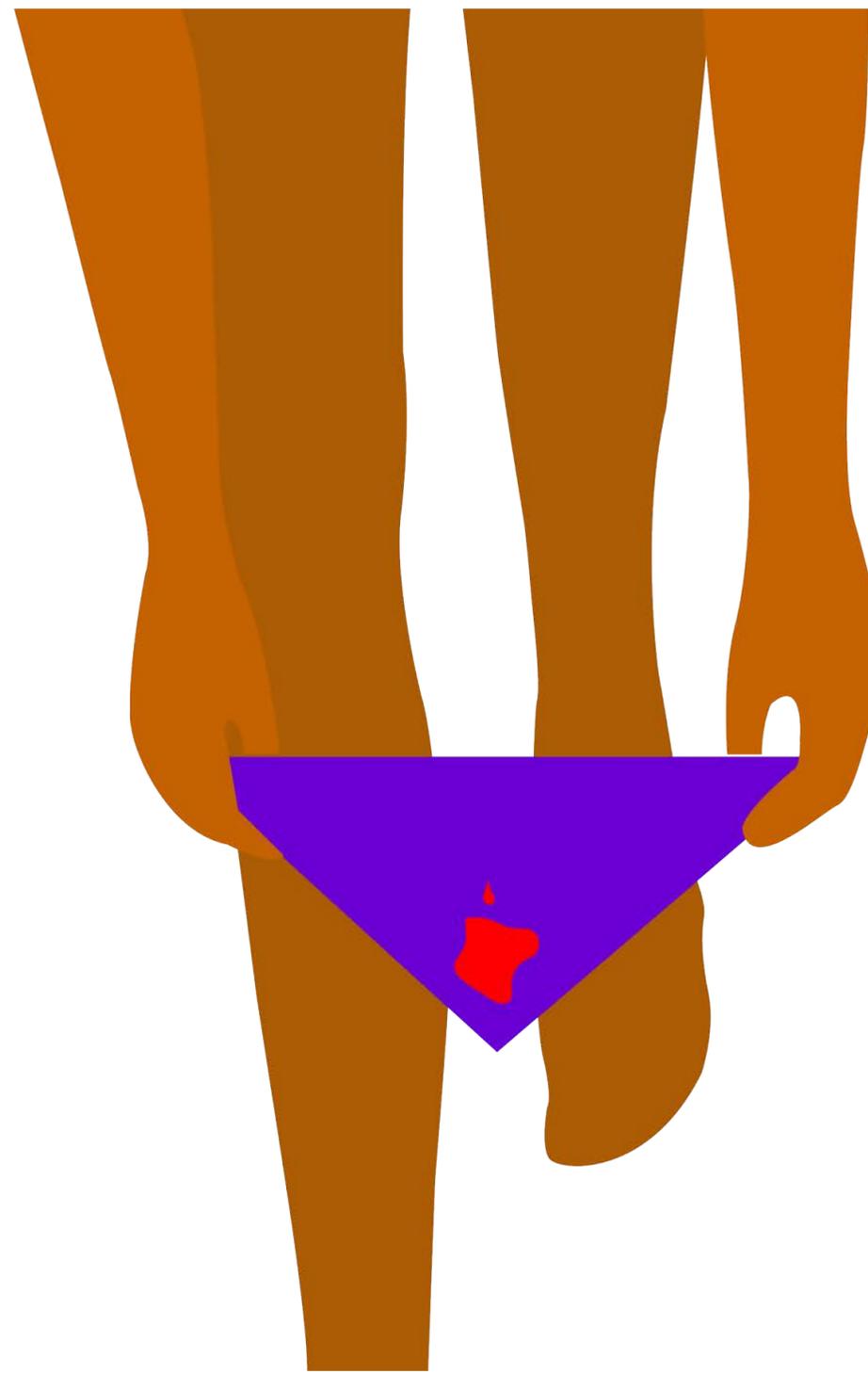
En el encierro muchas cosas se pueden complicar, y también se pueden abrir momentos para obtener información importante que en la cotidianidad no era posible. En estos días extraños, escribí, platicá, reflexioná sobre lo que estás viviendo. Qué aprendizajes individuales te está dejando todo esto en el cuerpo, en tu alimentación, tu consumo, tu uso del espacio. Qué aprendizajes colectivos te está dando sobre tus relaciones afectivas, con familiares, parejas, amistades, comunidad. Qué reflexiones estás teniendo sobre lo que querés que vuelva “a la normalidad” y qué cosas te negás a seguir haciendo o creyendo de la misma forma. ¿Cómo te ves y te sentís con relación con lxs otrxs? A quienes no tienen tantos privilegios y están perdiendo trabajo, salario, comida, casa, y hasta la esperanza. ¿Cómo querés comunicarte y organizarte? ¿Qué violencias cometidas y desigualdades reafirmadas durante esta crisis queremos nombrar para que no queden en el olvido?

Aquellos que están en el poder están tomando nota de muchas cosas en estos tiempos. Qué sistemas de control social funcionan más, dónde, si hacemos caso o no, si nos alarmamos, si nos rebelamos o no, si nos organizamos más efectivamente; si la mascarilla obligatoria nos silencia. Aquellos que están en el poder, están aprovechándose de esta crisis, defendiendo y tratando de aferrarse (con todo y garras) al poder que tienen. ¿Qué estamos haciendo nosotras? Tomemos nota también. Estamos en resistencia, lo hemos estado de diferentes formas, y este puede ser un tiempo para tomar apuntes de qué nos cuesta soltar, qué no nos es tan fácil ver o aceptar, qué es difícil cambiar, y qué estamos haciendo para cuidarnos y apoyarnos. Usemos la memoria de lo vivido y las herramientas físicas, emocionales y espirituales que ya tenemos, para afrontar estos días extraños, esta crisis, y usemos este tiempo para decidir cómo queremos vivir y con quiénes queremos aprender nuevas formas de comunicación, de cuidado y de resistencia organizada.

*Pieza publicada originalmente en Ysterias, con algunos cambios para esta versión

Hablemos de menstruaciones, ciclos y pandemia

/Guatemala Menstruante



La primera menstruación es, quizás, lo que socialmente marca el paso de “niña” a “mujer”, como si se tratara de un límite bien definido y perfilado, donde los matices de los cuerpos y las experiencias de niña quedan relegados por el “ya sos una señorita”, “ya podés ser mamá”, o “ahora ya te van a ver los hombres”. Es desde estas construcciones que menstruar nos comienza a doler. En la menarquía nos despojan de la niñez, el marcador de los cuerpos sexuados ya pesa sobre nosotras, y nos asocian con el mandato social de la maternidad. Así, en nuestra sociedad, menstruar nos marca, en clave heteronormativa, como “auténticas mujeres”. Sin embargo, no debemos perder de vista que la menstruación es un proceso histórico, dotado de significados culturales, de emociones y símbolos, y no hay nada de “natural” en ella... No es lo mismo menstruar en tiempos de pandemia que menstruar en lo que solía ser el día a día de los tiempos pre-covidianos.

Nuestro contexto social e histórico afecta nuestros ciclos. Ejemplo de ello es que muchas personas menstruantes en estos tiempos de encierro han experimentado cambios, atrasos o simplemente irregularidades. Esto puede deberse a diferentes motivos, pero especialmente a que experimentamos ovulaciones diferentes en contextos de estrés, o puede incluso que no lleguemos a experimentarlas, lo cual repercute en que veamos o no (y con qué frecuencia) nuestra sangre. Esto no es algo que nos enseñaron... ¿o sí? Por eso es tan importante que hablemos de estos temas, que busquemos conocer nuestros ciclos, nuestros cuerpos y nuestros atravesamientos en espacios colectivos, en donde podamos aprender les unes de les otras.

Por muchísimo tiempo, las antiguas culturas, y aún en la actualidad entre poblaciones no occidentales, la menstruación era asociada al poder, e incluso al ámbito de lo divino. Mediante un proceso histórico, y por ende social, se despojó a las mujeres de dicho poder, se relegó la menstruación a una esfera privada, íntima, y se construyó como un tema tabú, del que poco hablamos y sobre el cual nos han impuesto silencios que norman y median nuestras experiencias y subjetividades como seres menstruantes.

“No se puede amar aquello que no se conoce”, dijo alguien alguna vez. Y, precisamente para la menstruación y nuestra ciclicidad, esto es de importancia trascendental. De la mano del despojo de la divinidad y el poder asociado a la menstruación, también existió un despojo de nuestros saberes corporales, nos enseñan muy poco sobre nuestros cuerpos, sobre nuestra ciclicidad. Por qué mi ciclo se alteró ahora en el encierro, nos han preguntado varias voces diversas. Y quizás no tengamos todas las respuestas, pero sí podemos encontrar algunas al escuchar a nuestros cuerpos hablando a través de los sentires y de la sangre misma.

También nos despojaron de nuestra sangre, haciéndonos creer que es sucia, y algo que debe ocultarse y desecharse. Estos momentos de encierro nos dan también la oportunidad de experimentar otras formas de menstruar, sin desechables. Quizás podamos encontrar algún tutorial sobre cómo hacer toallas de tela con materiales que tengamos en casa, o puede que finalmente nos animemos a comprar una copa menstrual... o quizás vayamos un paso más allá y decidamos intentar menstruar libremente (manchando cada rincón de la casa). Creemos que en estas decisiones hay un gran poder, con ellas podemos traer los aprendizajes al cuerpo, y poco a poco descolonizarlo y despatriarcalizarlo. Estos momentos de introspección sobre nuestros ciclos pueden ser ventanas poderosas para ir recuperando la ternura, regresando los saberes al corazón, trayendo de vuelta un amor radical, no solo por nuestro cuerpo en sí, sino por sus procesos, incluida la menstruación.

El encierro nos ha llevado a habitarlos de maneras más conscientes, quizás para algunas este privilegio nos ha acercado a escuchar un poco más a nuestros cuerpos y nuestra sangre. Hoy, en pleno 2020, los tiempos covidianos no nos permiten sentirnos cerca estos cuerpos menstruantes y compartir las experiencias y el abrazo rojo y sororo. Y, sin embargo, la pandemia no puede frenar la vida que nos corre, roja, entre las piernas: ¡que siga fluyendo sólo la sangre menstrual!

Placer durante el encierro

Fabiola Morales Ortiz / Colectiva Las Tripas

Placer. ¿Cuáles son las primeras imágenes en las que pensás cuando lees esa palabra? Sabemos que gran parte de nuestros imaginarios están influidos por la comunicación, el marketing y la publicidad que nos insertan ciertas ideas. Por lo tanto, hablar de placer suele estar vinculado con lo erótico, lo sensual, cuerpos perfectos, muchas veces desde perspectivas capitalistas que fetichizan dichos conceptos. Por lo que terminan siendo estrategias idóneas para vender.

Quiero aclarar que no tengo nada en contra de dichas vinculaciones, principalmente porque a nosotras las mujeres se nos ha prohibido el placer sexual y más aún, el auto placer. Muchas feministas han retomado esta discusión para entender los derechos sexuales y reproductivos, desde un enfoque del goce.

Muela (2015) lo explica de manera sencilla: “Existe la tendencia de considerar que el placer sexual es, al menos en un primer acercamiento, el placer en sí. Esta verdad es planteada como válida incluso entre teóricas y activistas que confieren al placer sexual, y más concretamente al orgasmo, un estatuto primordial, la culminación del placer más absoluto o el modelo del que derivan el resto de placeres –sean o no sexuales–, lo que conlleva a la jerarquización y normativización de los mismos...”

Por lo tanto, no son interpretaciones equivocadas, sino ¿qué más hay detrás de dicho concepto? Si buscamos en cualquier diccionario básico, en mi caso tomaré el de Wikipedia, el placer es definido como: “Una sensación o sentimiento positivo, agradable o eufórico, que en su forma natural se manifiesta cuando un individuo consciente satisface plenamente alguna necesidad...”

Hagamos el ejercicio de tomar de referencia dicha definición e intentemos posicionarnos en el actual contexto de pandemia mundial por el COVID-19. El encierro puede ser nuestra peor pesadilla o el espacio para disfrutar de aquello que muchas veces no hacemos, por la dinámica del día a día. Algo tan sencillo como sentarte a comer en la mesa, tranquila y sin prisas. Descansar en la cama, leer un libro acompañado de esa música que te gusta. Gozar al estar acostada en el jardín, sintiendo el verde del pasto y los rayos del sol penetrando la piel. La simpleza y belleza de contemplar el amanecer o atardecer desde la ventana o la terraza. El placer de dormir más tiempo de lo normal.

Posiblemente los ejemplos que doy se limitan a un contexto urbano e incluso alguna de ustedes estará pensando que eso solo aplica para algunas mujeres. Si analizamos la realidad de las guatemaltecas, se traduce en pobreza para muchas, trabajo precario, explotado y violencia en sus múltiples formas. Dicha descripción lleva a cuestionarme ¿Es el placer un privilegio?

Del Valle (2002) responde a dicha interrogante de la siguiente manera: “La estructura social en la que han sido socializadas las mujeres se basa en un sistema de género caracterizado por relaciones de poder que, además, está entrelazado en un conjunto más amplio de sistemas interrelacionados –como serían la etnia, la posición económica, la procedencia, la edad o el grupo cultural, por citar sólo algunos–...”

A partir de la frase de Del Valle, repienso de nuevo mis ejemplos y ahora me sitúo en el caso de las mujeres que son madres. Hemos evidenciado cómo el encierro se ha transformado en una pesadilla, jornadas de larga duración en las que combinan entre lo laboral, quehaceres del hogar y cuidados. O tomemos la situación de aquellas que no tienen como opción quedarse en casa, que deben salir a laborar, seguramente en la informalidad. Frente a estas realidades, ¿en qué momento nos dedicamos a pensar en el placer?

Bakare-Yusuf (2013), comenta que es precisamente en el estudio y la deconstrucción del término que podría convertirse en una herramienta poderosa para la transformación social, especialmente de la realidad de las mujeres. Más específicamente comenta:

...Resulta sugerente explorar las distintas experiencias positivas que un enfoque basado en el placer puede suponer para la antropología y la teoría feministas. Que incluya pero trascienda el campo de la sexualidad, como una herramienta poderosa para contrarrestar las normas de género y los estándares de feminidad y masculinidad. Una aproximación feminista que se embarque en investigaciones que expliquen la realidad social de las mujeres desde un paradigma menos victimizador y condescendiente, que articule las posibilidades del placer como motor para la transformación social...”

Las mujeres que se convierten en sujetos deseantes son transgresoras, ya que la posibilidad de reivindicar el placer les lleva muchas veces a cuestionar su posición otorgada dentro de la estructura social y familiar... (Bakare-Yusuf, 2013).

Por lo tanto, y tratando de darle una aplicación práctica a las definiciones que nos da Yusuf, el desafío pasa por reconocer que tenemos el derecho de entendernos y descubrir qué nos hace estar bien con nosotras mismas. Esos momentos que nos facilitan continuar el día a día, especialmente en el contexto de incertidumbre que atravesamos actualmente.

Hacer una pausa e identificar qué nos hace vibrar, olvidar por un momento que enfrentamos un escenario poco alentador. Esos placeres que no se obtienen de la dinámica capitalista de consumo, sino desde la posibilidad de tocar esas fibras de nuestro ser que muchas veces son más fáciles de ver en soledad y silencio. Nuestros contextos e historias son determinantes en el acceso a ese placer, y está entendido, como lo dicen las autoras, que la forma de conseguirlo y mantenerlo en el tiempo conlleva repercusiones en nuestros procesos de deconstrucción y construcción.

Ese continuum en la búsqueda del placer, debiese ser nuestro foco de atención. En estos momentos de pandemia es ideal identificar esos encuentros y desencuentros que nos hacen darle nuevas interpretaciones al término, cómo trasciende a partir de lo que disfrutamos y rechazamos. De ser un pendiente histórico para muchas de nosotras como mujeres, se convierte en ese normal trascender que nos lleva a darle nuevos sentidos a la vida, incluso en momentos de caos e incertidumbre.

Abrir los ojos

Joseline Alejandra Toscano / Tengo 22 años, soy estudiante de Ciencias Jurídicas y Sociales de la USAC. Fluyo como el agua, me caracterizo por mi apariencia ruda, pero con personalidad tranquila, a veces soy hiperactiva, pero lo controlo. Amo ser como soy y ser quien soy.

Hace unas semanas desperté y sólo pensé... “Otro día más encerrada, otro día más tratando de acomodarme en esta rutina que me hace sentir enfrascada, otro día más de sentirme hastiada de todo”. He sentido emociones contradictorias. Al principio de la pandemia sentí mucho miedo, ansiedad y pánico. Sentía incomodidad al pensar que conforme pasaban los días, los casos de COVID-19 aumentaban, enojo por la irresponsabilidad de quienes se arriesgaban saliendo; con el paso del tiempo, el temor ha ido disminuyendo y pareciera que me he acostumbrado a la situación que estoy viviendo.

Pienso en lo difícil que ha sido todo esto para mí desde el principio. Me estresa pensar qué iba a ser de mi familia, cómo íbamos a comer y si podría verlos, pues este encierro los atrapó en un departamento y a mí en otro. Luego las cosas se fueron acomodando, sin embargo, el aburrimiento se hacía más grande, al igual que la frustración, por no saber cómo encontrar la motivación de levantarme de la cama, empezar a estudiar y realizar otras actividades.

Sentí miedo y enojo porque los casos iban en aumento, y porque se decidió que iban a deportar a los guatemaltecos que residen en el extranjero. Lo que creí injusto con las personas que venían del exterior y con quienes estamos dentro del país. Me dio mucha rabia la falta de credibilidad, responsabilidad e iniciativa por parte del gobierno para enfrentar esta crisis y la situación de los migrantes, ya que carecen de propuestas para respetar el derecho a la vida digna de todos y todas.

Conforme se desarrollaba la situación y los días de encierro, entraba a Facebook para mitigar el aburrimiento, me encontraba con publicaciones que decían: “Si no sales de este encierro con nuevo idioma aprendido, con un libro terminado o con un nuevo conocimiento, entonces no has aprendido nada”, lo que me hacía pensar que no estaba siendo productiva. Me confrontaba a mí misma y me cuestionaba esta “nueva disponibilidad de tiempo”. A algunos nos cuesta empezar algo y terminarlo, quizá sea auto sabotaje, pero no dejé que ese bombardeo de anuncios me atormentara.

Esa insistencia por la productividad durante la cuarentena me ha hecho reflexionar sobre el rol que tenemos en el hogar, que se nos ha impuesto por el

simple hecho de ser mujeres. Éste, que nos hace trabajar el doble por lo que queremos, ese rol que antes no había querido ver porque me doy cuenta de que lo reproduzco. Antes no era consciente de esta “realidad doméstica” pues al no estar en mi hogar la mayor parte del tiempo, junto a mis privilegios, no me percataba de cuánto y en qué momento era relegada a este tipo de labores. Me interpela mucho no haberme dado cuenta de esta situación antes.

Debido a esta confrontación hacía mí misma, hablé con mi mamá porque sentí necesario que ella expresara su sentir para comprenderla, sus palabras fueron: “Con el pasar del tiempo he ido perdiendo el miedo y me he acostumbrado, me da miedo enfermarme porque soy comerciante, pero necesito trabajar si quiero comer. Aunque estoy consciente de que existen aspectos positivos como negativos en torno a esta situación, durante los últimos días me he sentido cansada y con mucha responsabilidad, a pesar de que me he liberado de ciertos gastos, pero eso también me hace pensar en que todo el tiempo trabajo y no descanso un solo día, por eso el encierro no me ha frustrado del todo”. Escucharla decir estas palabras me dolió mucho, porque me hacía ciega a la realidad de cuanto presión siente debido a este rol de cuidado que se nos ha impuesto a las mujeres, pero ahora comprendo su sentir.

Aunque el confinamiento ha sido complicado me ha servido para reflexionar acerca de mis acciones, me ha hecho abrir los ojos en cuanto a la necesidad urgente de visibilizar las violencias que vivimos en casa, para comenzar a erradicarlas.

Me he percatado que existen ciertas problemáticas que se agudizan en el contexto que vivimos, como la desigualdad social, el racismo y la violencia de género. Es conflictivo para mí escuchar el eslogan del gobierno: “juntos saldremos adelante”, porque sé que existen muchas barreras para acceder a la ayuda, que se supone es para quienes más lo necesitan.

Pude darme cuenta que es ahí donde me duele mucho este país, me duele la desigualdad de género, económica, social y étnica. Me enoja y frustra ver cómo las reproducen quienes deberían de velar por nuestros derechos y necesidades. Si de algo estoy segura, es de que de este encierro no saldré siendo la misma.





Mactzil Ixtz'unun Camey Rodríguez / Mujer maya kaqchikel, nacida en Chimaltenango el 20 de junio del 2000

Crecí al lado de mis padres y mi hermano menor. Estudié 11 años en un colegio católico para niñas, donde, como regla impidieron que usara mi indumentaria, pero en el tema de la espiritualidad no hubo objeción, ni tampoco fue reemplazada por la religión que se profesaba en la institución. Era de las pocas niñas mayas que había en el colegio. Mi espiritualidad e identidad fueron formándose de manera increíble pues hablar de mi cosmovisión, la forma de interpretar la vida, la conexión que se tiene con la madre naturaleza y el no dejar de usar mi traje fue un acto de resistencia que comprendí con el tiempo.

Me gradué de bachiller en ciencias y letras para luego iniciar mis estudios superiores en la Universidad de San Carlos de Guatemala. Comencé una licenciatura en nutrición, pero me di cuenta de que la carrera no contribuía a mi proyecto de vida. Mi interés es más en la parte social, por lo que a finales de 2019, decidí iniciar la carrera de Ciencia Política. Al mismo tiempo comencé un emprendimiento que consiste en la elaboración de aretes, lo cual me ha permitido generar algunos ingresos.

Para empezar a contar un poco sobre el movimiento estudiantil y mi participación en él, quiero recalcar que mi historia tiene un pasado. Mis papás fueron dirigentes de la Asociación de Estudiantes Mayas Saqb'ilo' Mayab', fundada en Quetzaltenango, cuando iniciaban sus estudios en el Centro Universitario de Occidente (CUNOC). El propósito de la organización era apoyar a estudiantes mayas que llegaban a la ciudad, de otros municipios y departamentos, y que no contaban con los recursos económicos suficientes, por lo que se les ayudaba facilitándoles becas, talleres de formación y capacitación, así como un espacio que contaba con computadoras. Con la historia de mis padres creció mi deseo de participar, dar seguimiento desde mi espacio y luchar por los pueblos indígenas, pero sobre todo por las mujeres mayas.

El movimiento estudiantil ha tenido un papel muy importante dentro de la universidad, siendo uno de los movimientos sociales con más población guatemalteca involucrada. La lucha de los pueblos indígenas también ha trascendido a la lucha estudiantil, vivimos en un país multicultural y la universidad debería reflejar ese contexto, pero con respecto a esto, la educación superior tiene muchas carencias; el porcentaje de estudiantes indígenas en relación con mestizos/ladinos, es grande. La educación tiene un enfoque occidental diferente a la de los pueblos indígenas, que se encausa en otra filosofía y ciencia.

En nuestro paso por la universidad, nos damos cuenta de los grandes retos que conlleva ser mujer y además maya. Las mujeres constituyen

el 53 por ciento de la población estudiantil y las mujeres mayas, un 0.10 por ciento. Somos poco visibilizadas y nos dejan fuera de la toma de decisiones. Al inicio de mi vida universitaria esto no tenía mucha importancia, me dedicaba únicamente a mis estudios, pero a inicios de 2019, me invitaron a ser parte de la agrupación Consciencia, primer espacio político en el que participé.

Esta agrupación tenía como propósito formarse y armar una planilla para la siguiente Asociación de Estudiantes Universitarios (AEU) "Oliverio Castañeda de León", y me invitaron a ser parte. Por cuestiones de papelería, en ese momento no pude participar, pero quedé en la junta directiva de la agrupación como vicepresidenta. A los meses fueron las elecciones para la nueva AEU y nuestra agrupación salió ganadora.

Me integré a la comisión de género para aportar como mujer maya, al poco tiempo la titular II de la secretaría renunció y me propusieron ocupar el puesto. Esto me emocionaba mucho porque considero fundamental el papel de la mujer maya en estos espacios para motivar que otras también formen parte, visibilizar nuestras luchas y evidenciar que estudiar una carrera universitaria es un gran paso para cambiar esos estereotipos marcados dentro de nuestra cultura, que imponen que debemos estar en la casa, dedicarnos a los oficios del hogar y formar una familia pronto.

Este 2020 iba a ser un año de nuevos cambios en mi vida, el inicio de una nueva carrera, una nueva jornada de estudio, un espacio diferente para conocer a nuevas personas y mi inicio en la asociación estudiantil, pero con la pandemia mundial causada por la COVID-19, eso cambió. Mis planes tomaron un rumbo diferente, con el confinamiento y la cuarentena en casa.

La universidad pasó de ser presencial a virtual, detrás de una pantalla y con tareas en línea, comunicándonos con profesores por medio de una plataforma, algo que nadie se esperaba, afectando a muchos que no tienen posibilidades de tener computadora, Internet y un espacio adecuado.

Desde mi experiencia fue complicado al inicio, implicó acomodarme a esta nueva dinámica, a estar sentada la mayor parte del día frente a una computadora, trabajar mis proyectos en grupo por mensajes y llamadas, tratando de cumplir con todos los cursos.

Algunos catedráticos no dieron clases, solo mandaron tareas y la autoformación fue algo primordial para mi aprendizaje. Nadie se preparó para recibir o dar clases en línea y es algo que de ahora en adelante tendrá que reforzar la universidad para afrontar futuras problemáticas que se presenten en el mundo y el país.

¡Por mis abuelas, por nosotras y por las que vienen, la lucha sigue!

Un camino más liviano

repensar la educación universitaria desde las estudiantes

Lidia Rabanales / Activista estudiantil y feminista.
Estudiante de la USAC e integrante de organizaciones estudiantiles y de jóvenes.

Al inicio de la pandemia experimenté mucha incertidumbre, capítulos de ansiedad y ataques de pánico. Estoy segura de que no he sido la única que ha atravesado crisis personales durante este acontecimiento histórico.

Aunado a lo terrorífico que es la COVID-19, la incapacidad del gobierno para gestionar la crisis ha agudizado la inseguridad económica, política y social del país y con ella ha dejado más expuesta la desigualdad social, la violencia de género, el racismo y la precariedad del sistema educativo, por lo que uno de los retos más grandes ha sido mi formación académica.

Poco saben los catedráticos sobre pedagogía y didáctica en las clases presenciales, trasladar eso a la vida virtual fue un tremendo fracaso. La carga de estudio excedía sobremanera mi tiempo y fuerza. Me mantenía casi diez horas frente a la computadora, a diario, estudiando, haciendo tareas y recibiendo clases.

Hoy no quiero hablar sobre el cansancio, frustración, tristeza o enojo que está ha provocado en mí y en la mayoría de la comunidad estudiantil. Hoy quiero hacer un espacio para escribir sobre la alegría que proviene de construir redes de apoyo, amistad y solidaridad con otras mujeres, en momentos como estos, donde nuestra capacidad se ve rebasada y creemos que no vamos a poder concluir algún proyecto personal, en este caso, un semestre de la universidad. Es aquí donde quisiera comentarles la dicha que tengo de conocer a mujeres que han sido solidarias y le han apostado a la construcción de formas de trabajar en colectividad para aminorar la carga de todas, haciendo más ameno y eficiente el proceso de aprendizaje.

El sistema nos ha formado de una manera en la que la competencia, la excelencia y la individualidad son los pilares para poder tener "éxito", según los parámetros del capitalismo. Creemos que destacar, sin detenernos a ver a nuestro alrededor, nos dará ventaja sobre las otras. Es la consecuencia de una estructura y sistema social que pareciera no tener espacios suficientes para todos, pero en especial para las mujeres. Como sabemos esta competencia ha sido una de las mejores estrategias del patriarcado para asegurar su conservación a lo largo de la historia. Cuando menos sentimos, nos envolvemos en una dinámica donde el reconocimiento social y el prestigio se tornan más importantes que la convivencia, amistad, solidaridad, empatía e incluso que el aprendizaje académico.

Por eso creo que es importante que les cuente mi historia, nuestra historia. Soy afortunada por tener un grupo de tres amigas, quienes en mi recorrido académico han sido una parte fundamental de mi formación intelectual, emocional y política. Durante este tiempo de confinamiento, no tardaron en posicionarse como una red esencial para la sobrevivencia y la cordura de mi mente ajetreada. A ellas quiero dedicarles este escrito y a todas aquellas que, con mucho esfuerzo, están trabajando constantemente para replantear sus dinámicas y lazos afectivos con otras mujeres.

Las relaciones afectivas no son fáciles, pues requieren que constantemente pensemos en las otras sin dejar de pensar en nosotras y viceversa. Implica aprender a negociar sin exigirle a las demás, o a nosotras mismas, coartar libertades y sentires. Es importante encontrar un equilibrio. Eso sería lo ideal, y casi siempre lo ideal suele ser utópico. Pero a lo largo de mi amistad con ellas he aprendido que, aunque no se logre la perfección, se puede llegar a un consenso donde haya un esfuerzo por construir relaciones horizontales y colaborativas.

Amor entre comadres

A pesar de que cada una estaba viviendo una situación particular, nunca me dejaron a la deriva. Buscamos sistemas de colaboración y

solidaridad para que algunas de las cosas que nos agobiaban fueran un poco más ligeras. Quiero agradecerles por enseñarme de amistad, ternura y amor entre comadres, por demostrarme la importancia de pensar en las demás y no solo en mí. Ellas pudieron atravesar un fuerte muro que no me ha permitido conectar y construir relaciones de amistad íntimas desde hace años. Me han dado un espacio, entre mi praxis y activismo político, donde he podido ser más humana, cometer errores y remediarlos, reír, llorar y enojarme, pero sobre todo, querer a mi manera, desde mi lenguaje del amor. He aprendido que siempre tenemos algo que dar, que no todas tenemos las mismas habilidades, pero que juntas podemos complementarnos, aprender y sanar de mejor manera.

Ser mujer en la universidad, específicamente en el mundo de las ciencias sociales, representa un reto porque allí se legitiman mayoritariamente los aportes de los hombres y somos constantemente invisibilizadas. De cuatro catedráticos que tuvimos a lo largo del semestre, solamente una es mujer. Si lo comparamos a nivel de toda la universidad, nos quedaríamos perplejas de cómo somos excluidas de los puestos de reconocimiento académico, profesional y político, mientras somos relegadas a cargos administrativos donde somos encargadas de acciones operativas; cuestión muy parecida a la labor de cuidados y administración de los recursos del hogar. Si a esto le sumamos la relación jerárquica catedrático-alumna, las mujeres estudiantes nos enfrentamos a la lucha cotidiana por ser escuchadas dentro y fuera de las aulas, en los puestos de representación estudiantil y en nuestras luchas políticas.

Afortunadamente, en mi semestre, 80 por ciento de estudiantes somos mujeres. Esto ha significado una red de apoyo en la cual hemos encontrado fortaleza para sobrellevar adversidades, como denuncias contra catedráticos y la lucha por una educación superior de calidad, entre otras. Ello nos ha permitido ver cómo se pone en función el trabajo en equipo y me ha enseñado a reconocer las virtudes y capacidades, no solo mías, sino las de mis compañeras, quienes, espero, lleguen alto en sus sueños y logren cumplirlos. Por ahora quiero agradecerles por hacer de esta realidad adversa, un camino más liviano.



Educación universitaria y confinamiento

Marian Cristina Salguero Gutiérrez / Estudiante de antropología en la USAC, participo en la Colectiva Mujeres en Movimiento, me gusta leer, cocinar y oler flores.



Luego de presentarse el primer caso de coronavirus en Guatemala, el viernes 13 de marzo, la vida de las personas dio un giro repentino, enfrentamos una emergencia de salud delicada que requiere distanciamiento social y confinamiento.

Estudio antropología en la Universidad de San Carlos de Guatemala y desde que estoy en confinamiento, mi educación empezó a depender de una computadora, internet y catedráticos que se negaban al cambio metodológico desde hace ya bastante tiempo, ahora tuvieron que interesarse, adaptarse e implementar nuevas metodologías.

Estudiar en esta incertidumbre ha sido una experiencia difícil y enriquecedora, acompañada de cuestionamientos y preguntas como: ¿Estamos preparados para la innovación educativa que tanto se menciona? ¿El aprendizaje ha sido significativo? ¿Es la educación un derecho o un privilegio? y ¿Hacer tareas es sinónimo de aprender?

La crisis ha resaltado las grietas y quebraduras que tiene el sistema educativo guatemalteco a todo nivel, causadas en parte, por la falta de voluntad política para invertir en educación, pésima administración pública, falta de interés para que la población se eduque adecuadamente y la corrupción existente, entre otras. La educación a nivel superior en el país es un privilegio de pocos e históricamente, ha estado ligada de forma directa al mundo capitalista.

Debido a las enormes desigualdades que existen, las y los estudiantes que tienen posibilidad de conectarse virtualmente, poseen una ventaja en relación con quienes carecen de tecnología. Luego del confinamiento, los alumnos que no pudieron incorporarse virtualmente sencillamente reprobarán, lo cual resulta injusto ya que no se toma en cuenta que, por varios motivos, no pueden costearse una educación vía internet, convirtiéndose el 2020 en un privilegio educativo para un grupo específico.

Alrededor de cada estudiante hay un entorno con el que interactúa y le acompaña diariamente. Éste define la forma como se llevará a cabo

el proceso de aprendizaje. Teniendo en cuenta esto, las emociones y los pensamientos juegan un papel clave en el proceso educativo, separar el aprendizaje de las emociones es imposible, y nuestra realidad actual ha traído otro tipo de preocupaciones a nuestros hogares.

En esta situación, se ha comprobado que las metodologías magistrales han quedado obsoletas, nos hemos convertido en autodidactas adquiriendo habilidades que no se habían explorado. Estudiar de esta forma nos pone a prueba ya que debemos aprender a utilizar nuevas herramientas digitales para realizar tareas y recibir clases, algo positivo, considerando que no se le había dado la importancia necesaria.

La vida universitaria va más allá de solo educarse, es un espacio donde convergen ideas, redes de apoyo, amistades, organización colectiva estudiantil, las cuales también se han tenido que trasladar al plano virtual. El movimiento feminista de las mujeres universitarias ha sido un apoyo esencial en mi vida ya que -desde la distancia- seguimos creando y activando para que cuando regresemos podamos seguir trabajando unidas por una universidad distinta.

Luego de vivir este evento, me llevo grandes lecciones. Primero, que transformarte a ti misma antes de transformar el mundo es esencial para tener congruencia entre los actos y las palabras. Y segundo, la importancia que tiene seguir exigiendo una educación pública digna, diversa y accesible para todas y todos, porque la educación es un derecho que debe dejar de ser burocratizado y centralizado, para ser comunitario y complementario.

Una universidad que solo se centra en la tecnificación de mano de obra para las empresas es una educación mediocre, ya que no le apuesta a la ciencia e investigación para mejorar nuestra sociedad, sino para que esté al servicio de quienes explotan nuestros territorios.

Como hija de la universidad pública, siento un gran compromiso con mi entorno para trabajar y mejorarlo. Sueño y espero que luego de esto, la universidad sea un espacio distinto y más accesible para todas y todos.



Soy jornalera

Obdulia Mariela Tax Ajtún / Soy maya Kiché de 28 años de edad. Originaria de Salcajá, Quetzaltenango. Maestra de educación para el hogar y estudiante de la carrera de Psicología en el CUNOC-USAC. Le escribo a las abuelas y abuelos, a la memoria que nos encamina y a la esperanza de ver cambios significativos para nuestros pueblos.

Soy jornalera,
hija del barro soy.

Soy grito,
soy fuerza,
mi herencia viene de la tierra.
Mis cabellos nacidos son de la arcilla.

Un pedazo de lienzo cubre mi pecho.
Hecho del hilo tejido del alma de mi nan.

Un trozo de caña me como en el camino,
para calmar esta sed.
Sed que me trae vacilando un trozo de mi alma.

Soy jornalera,
recojo el maíz,
recojo la miel.

Soy la niña que tejió a solas su red.

Soy jornalera.
Hija del barro soy.

In Lak'ech - Hala Ken

Sangre pájaro

Andrea Isabel Aguilar Ferro / Educadora feminista. Integrante de la colectiva Guatemala Menstruante.

Mi sangre no está en cuarentena
La liberé del encierro de las copas y las toallas
La liberé de la vergüenza
Y en agradecimiento manchó de rojo mi habitación
El suelo de mi casa
Mi falda favorita y mis sueños

La dejé recorrer cada centímetro de mis piernas
Con ternura, tocó la tierra

Vos estás viva - susurró

¡Qué rebelde que es!
Ahora está haciendo un nido
Y germinó un girasol

Ella ama así
Manchando de rojo cada segundo
Y yo la amo así

Toda roja y palpitante

Porque con ella fluye vida
En medio de la pandemia
Y el canto de pájaros rebeldes





Sucely Puluc/Mujer Maya k'iche', ilustradora, originaria de Chuwila' / Chichicastenango, Quiché. Estudiante de Trabajo Social en la USAC. A través de la ilustración encuentra una manera de decodificar su memoria, re-conocer la territorialidad de su cuerpo político y la reivindicación de su identidad política e histórica. Actualmente es integrante de la colectiva "Las Caracolas" y colabora para varias agrupaciones.

